



LA ISLA DE LOS LAGARTOS TERRIBLES

FRANCISCO HAGHENBECK



PREMIO NORMA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Norma



LA ISLA
DE LOS
LAGARTOS
TERRIBLES



LA ISLA DE LOS LAGARTOS TERRIBLES

FRANCISCO HAGHENBECK

Norma

editorial.norma.com

Bogotá, Buenos Aires, Guatemala, Lima, México,
Quito, San Juan, Santiago de Chile

Haghenbeck, F. G, 1965-

La isla de los lagartos terribles / Francisco Haghenbeck ;
ilustrador Miguel Martínez. – Edición Jael Stella Gómez. --
Bogotá : Carvajal Soluciones Educativas, 2016.

216 páginas : dibujos ; 23 cm. -- (Fuera de serie)

ISBN 978-958-776-854-1

1. Novela juvenil mexicana 2. Piratas - Novela juvenil
3. Dinosaurios - Novela juvenil 4. Historias de aventuras
I. Martínez, Miguel, ilustrador II. Gómez, Jael Stella, editora
II. Tít. III. Serie.

M863.6 cd 21 ed.

A 1523551

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© 2016, Francisco Haghenbeck

© 2016, Carvajal Soluciones Educativas S.A.S.

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Primera edición: abril de 2016.

Edición: Jael Stella Gómez P.

Jefe centro de diseño: Gloria Esperanza Vásquez A.

Diagramación: Jessica Tatiana Jiménez Buitrago.

Diseño de cubierta: Lady Carolina Ávila Gómez.

Imagen de cubierta: Shutterstock images 2016 (collage)

Ilustraciones: Yein Barreto, Miguel Martínez.

CC 26511406

ISBN 978-958-776-854-1



Todos los libros nacen cuando te haces una pregunta. Este nació cuando mi hija Arantza, entonces de 5 años, me cuestionó: ¿Por qué no haces un libro de piratas contra dinosaurios? Era una gran idea. Así que, lo escribí. Ella me dio varias otras imágenes que ocupé en la historia. Al final, fue como si padre e hija nos sentáramos a jugar en el suelo, con dinosaurios y piratas de plástico. A veces, solo falta ser un poco infantil para imaginar las mejores ideas. Gracias, Arantza, por hacerme volver a ser niño. Gracias por regresarme los ojos de admiración con los que ves el mundo.

Y también un brindis pirata para Benito Taibo, quien insistió en que había que seguir detrás del timón para llevarlo a tierra firme.



Contenido

Parte uno: La maldición de los ojos ámbar	11
Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	17
Capítulo 3.....	21
Capítulo 4.....	25
Capítulo 5.....	31
Capítulo 6.....	39
Capítulo 7.....	47
Capítulo 8.....	53
Capítulo 9.....	59
Capítulo 10.....	65
Capítulo 11.....	69
Capítulo 12.....	75

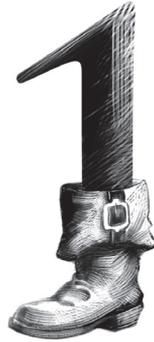
Parte dos : La isla de los lagartos terribles	81
Capítulo 1.....	83
Capítulo 2.....	87
Capítulo 3.....	95
Capítulo 4.....	101
Capítulo 5.....	105
Capítulo 6.....	111
Capítulo 7.....	119
Capítulo 8.....	123
Capítulo 9.....	129
Capítulo 10.....	133
Parte tres: El ataque de los cocodrilos gigantes	143
Capítulo 1.....	145
Capítulo 2.....	151
Capítulo 3.....	157
Capítulo 4.....	163
Capítulo 5.....	167
Capítulo 6.....	171
Capítulo 7.....	177
Capítulo 8.....	185
Capítulo 9.....	193
Epílogo: La leyenda de la isla perdida	201
Dramatis personae	207





PARTE 1

La maldición
de los ojos ámbar



*En 1685, año de piratas, en un lugar
de las costas de la península del Mayab (Yucatán)...*

El capitán Michel de Grammont nunca pensó que terminaría así su carrera como pirata. Su muerte sería extraña, pensaba que única. Se había imaginado su fin de bastantes maneras. Opciones para su muerte tenía muchas: colgado por sus enemigos españoles en Cuba, apuñalado en isla Tortuga por marineros rencorosos o ahogado en una tormenta caribeña. Ninguna de estas versiones de su desenlace le habían importado mucho. Estaba seguro de que tarde o temprano *Davy Jones*, o sea, el señor Muerte, tocaría a la puerta de su vida. La razón para pensarlo era obvia: su trabajo como bucanero o pirata, entre saqueos, batallas navales y duelos de espadas, era una forma de ganarse la vida que algunos opinarían que era peligrosa. Pero eso sí, nunca se imaginó morir devorado por un monstruo gigantesco de ojos amarillos, cola de dragón, enormes dientes y una distintiva piel rugosa atigrada en rojo. Eso para él fue una sorpresa.

Claro que era una muerte exótica. Perfecta para cantarla como esas baladas compuestas a otros afamados capitanes piratas. Solo faltaba que el mundo se enterase y que algún bardo compusiera su melodía.

Y estaba seguro de que así sería, tal como lo había planeado. Confía-
ba que su amigo pirata, Laurens de Graaf “El Grifo”, encontraría esa
nota de auxilio que mandó en una botella. Conociéndolo mejor que
nadie, vendría a buscarlo a ese infernal lugar. Así, su muerte no sería
en vano, aunque fuera absurda al pelear con un gigantesco dragón
de ojos ámbar.

Grammont creía que los dragones solo existían en las leyendas.
Se podían encontrar en montones como esculturas de piedra en las
iglesias o en los viejos vitrales de los castillos de Europa. Y aunque
esas quimeras eran comunes en edificios, como lo serían los cocote-
ros en el Caribe, concebía que no eran reales. Sabía que eran solo
representaciones del mal. Por eso, no lograba comprender que un
verdadero dragón estuviera a punto de clavarle las mandíbulas. Para
tratarse de un mito, este monstruo estaba muy sano y demasiado vivo
para su gusto.

Le quedaba menos de un momento de vida, tan solo un parpadeo.
El dragón lo tenía en su boca. Los dientes del imponente animal co-
menzaron a traspasar su cuerpo, y un desfile de imágenes pasó por
su cabeza: era su vida. Recordó el olor de la olla que cocinaba su
mamá en París; recordó el dolor del brazo cuando su padre, oficial
de la Guardia Real, lo golpeó en una práctica de espada; vislumbró
el color de la sangre de su primer muerto en un duelo; apreció la
sensación de humedad del mar caribeño al enrolarse en la marina
francesa; olfateó el tufo a pólvora quemada en el ataque a Cartagena;
escuchó al cuarteto de cuerdas de su socio, el filibustero Laurens de
Graaf, durante el ataque a la villa de Vera Cruz; tragó el sabor dulce
del pescado asado con naranjos; leyó las letras de la carta del rey de
Francia que lo nombraba gobernador adjunto de *La Española*; y, por
último, paladeó el beso de esa mujer, el amor que tuvo que ocultar
durante años.

Era su último momento en el mundo, tal como le advirtió el per-
gamino que encontró en la caverna donde se refugió. Esa nota escrita
por un tal Bernabé de la Concha, el mismo pliego que usó para man-
dar su mensaje de auxilio. Así que, cerró los ojos y aceptó la muerte.

El tiempo comenzó a moverse de nuevo. Los enormes dientes continuaron su camino en el torso destruyendo órganos vitales.

Estaba resuelta su expiración. Volvió a abrir sus ojos: no se iría sin luchar. Como último acto de valentía clavó su espada en el ojo de su asesino, y las fauces de la terrible criatura se cerraron de golpe. El pirata Michel de Grammont dejó de existir. Su cuerpo se partió en dos. Una parte fue devorada por la aberración de rayas rojas de un bocado. El otro pedazo cayó al suelo.

El gigante de escamas rugió. Tenía la espada clavada en el ojo. Ese llamado no solo era de dolor, sino que además informaba a la selva sobre quién había sido ganador entre el duelo de un monstruo de dos patas con larga cola contra un capitán pirata.



Al año 1511 de nuestro Señor Jesucristo

Que Dios esté con vos, náufrago:

Vuestro nombre yo desconozco. Mas hoy el mío vos conoceréis. Si este pergamino en vuestras manos está, entonces es que muerto yo estaré. A vuestra Santa Madre del cielo ruego que no sea vuestro fin también. Falsas esperanzas no deseo otorgaros, pero si a este refugio llegáis, entonces vuestra vida en manos de la Santa Providencia ya está.

Mi nombre Bernabé de la Concha y Cuéllar fue. Teniente a la orden de vuestra Majestad, el Rey Fernando II, teniendo por misión nuevas tierras para su Santa Corona conquistar. En Cádiz, un día de enero, me hube embarcado por los ilusorios cuentos acerca de esta tierra. Por años, descripciones de ciudades hechas de oro y plata solo ausculté. Tonto de mí, condenado ya, pues en esos embauques de marineros yo caí. Vos ya sabéis que esta salvaje tierra solo una comarca de horrores es.

Fundar la ciudad de Santa María de la Antigua del Darién fueron las ordenes. Con la bendición del Obispo, vuestro grupo capitaneado por Juan de Valdivia marchó. El 15 de agosto del año de Nuestro

Señor, nuestro cometido conquistamos. Una avanzada en el fuerte de Santa María la Antigua con mujeres, niños, sacerdotes y militares dejó. El comandante Valdivia, como encomienda, a la isla de Cuba dictó retornar. Pero el destino a vuestras suertes engañó. Una pesadilla este camino se volvió. De los dos cientos de hombres y mujeres que en la fragata navegaban, solo veinte quedamos. Cerca de la península, negros cielos a vuestras mercedes coparon. Vuestro navío no resistió. A un batel, la veintena de sobrevivientes nos aferramos para a tierra firme arribar. A la calma del tempero, en un canal nos encontramos. Al caer el sol, las pesadillas aparecieron. La sangre a los animales llamó. El soldado, Gerónimo de Aguilar de nombre, mirábalos. Titánicos murciélagos cual pájaros. Otros, de menos envergadura también. "Pericos lagarto" llamáronles algunos. Dragones ancestrales emulaban. Con el ocaso arribaron. Llamas encendidas o picos carmesí portaban. Cristiano de envergadura a lo largo. Suficiente para arrancar del bote a un hombre. En cada carga, brazos o cabeza cortaron. Solo dieciséis quedamos y a tierra decidieron arribar. Quejidos, gruñidos y sonidos de animal nos recibieron. Si esas voces poseían dueño, a visiones de tamaños magnánimos pertenecían. Hallamos refugio en una playa que nos socorrió, para algún navío buscar. Dos vigías en la balsa quedaron, Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero.

Con el capitán al mando, en la selva adentróse. En un valle hundido estábamos, imposible socorro encontrar. Más un descubrimiento nos hizo continuar. Altar o construcción de piedra descubrimos, al centro de un claro. Obra humana, opinamos, por una tribu del lugar. Al cénit del sol, la cosa más horrible que en mi vida miré apareció: un demonio que de un bocado a tres de nuestra marinería devoró. Tal vez lagarto, mas a dos pies andaba. Cara chata y cuerpo carmesí. Su rugido, mismo que en el infierno se escuchó. El capitán Valdivia trató de acuchillarlo, pero hacer daño a esa piel no pudo lograr. Sin moral ni piedad lo asesinó de un bocado.

El último amigo, por golpe de la cola de un enorme lagarto falleció. El rabo en mazo con espinas llevaba. Todo de escamas. Como

cristiano, a las afueras de nuestra caverna santa sepultura otorgué. Hoy he quedado solo. Vos comprendéis que esta caverna entre las murallas de roca como amparo encontré. Ya tiempo aquí he quedado. Al día, en busca de la balsa partí. Maldecido, no hubo estrella. Los demás sin mí hubieron partido, a mi suerte abandonaron.

Una salida en vano buscaba, mas no la encontré. El río era la única entrada a este averno. Si vos estáis leyendo mi relato, en pocos días muerto seréis. En el preámbulo del Tártaro estáis. Que Nuestro Señor Jesucristo nos perdone. Ruego a los santos, que una muerte no terrible sufráis, y que la Virgen se apiade de mi persona.

Bernabé de la Concha y Cuellar.

3

*En un pueblo costero de la península
del Mayab (Yucatán), durante 1519,
año de la conquista de la Nueva España...*

—Áayin Nuuk Peten —dijo el indígena, con el rostro en el suelo.

El hombre barbado volvió su cara de líder a sus oficiales. Un sacerdote, en hábito de monje, se persignó ante las palabras. Ninguno de los extranjeros sabía cuál era el significado. Sin embargo, el tono y las lágrimas en los ojos del indígena cocome las hacían suponer terribles.

—¿Qué decís, vos? —preguntó el hombre de ojos gélidos. Su barba era parte de su quijada, de forma puntiaguda, cual espada. El color oro de su melena emulaba sus intereses de poder. El capitán de los soldados no solo brillaba por la armadura pulida, sino por pertenecer a ese grupo de hombres que cambian el mundo. Sin importar que fuera para bien, o para mal. El explorador Hernán Cortes estaba sentado en una de las chozas de la tribu que los había recibido en su desembarco, en el imperio de Mayab. Ante el nulo entendimiento de la respuesta a su pregunta, el conquistador español volvió a preguntar:

—¡Va! ¿Dónde el oro escondéis?

—*Ub yu ka t'ann...* Áayin Nuuk Peten —repitió el aterrado indígena—. Buscando apoyo, levantó la mirada para encontrarse con un hombre curtido por el sol, quien llevaba perforaciones en la nariz aunque fuera español. Se trataba de ver como el resto de los conquistadores, al vestir una camisola y pantalones bombachos, pero parecía uno de los locales con tatuajes y adornos. Los siete años que había vivido entre los indígenas cocome en esa península, lo convertían en local. A pesar de ser uno de los primeros visitantes en esas tierras.

—¿Este hombre de qué cosas habla, don Gerónimo de Aguilar? —inquirió intrigado el capitán Hernán Cortes al de piel curtida, su traductor. Era uno de los náufragos de la expedición de Valdivia, olvidado por la corona española durante siete años en esa tierra. Solo él y su compañero, Gonzalo Guerrero, habían logrado sobrevivir al terrible naufragio.

—Áayin Nuuk Peten... —repitió en murmullo para él.

—Sí, eso vos decir. Más a ello pregunto, ¿qué decís?

Ante las órdenes de su nuevo capitán, De Aguilar comenzó a ponerse pálido por las palabras dichas por el cacique local. Era un lugar del que había prometido nunca más hablar. Él y su compañero Gonzalo Guerrero no deseaban regresar a los días que sufrieron en esa laguna maldita. Haber terminado como esclavos por los indígenas fue poco, después de lo vivido en esa selva. Pero Áayin Nuuk Peten no era fácil de olvidar. Los mismos locales lo recordaban cada año llevando sacrificios y regalos a la pirámide que marcaba el inicio de la tierra perdida. Su trabajo como traductor había comenzado al enterarse de la expedición de Hernán Cortés. Fue cuando Gerónimo de Aguilar se unió a los españoles para ser el intérprete oficial de la avanzada, a fin de poder averiguar la ubicación del oro y la plata. Mas en esa península no había tesoros. Tan solo pesadillas como el Áayin Nuuk Peten.

—¿Perdonad, don Gerónimo?... —insistió el capitán.

—*Áayin Nuuk Peten...* La isla de los lagartos terribles —tradujo de Aguilar—. Hernán Cortés lo miró con extrañeza. Volteó a mirar

a sus oficiales, que seguían frotándose las manos por el botín que esperaban encontrar.

—¿Vos la isla de los lagartos terribles decís? —balbuceó Cortés—. No había hecho todo el viaje desde España para solo encontrarse con lagartos, terribles o no.

—Capitán, venid —indicó Gerónimo de Aguilar entrando al fondo de la cabaña del cacique de la zona—. Allí, señaló a una esquina donde había dos estelas labradas. En las imágenes se distinguían extrañas criaturas peleando contra humanos. En el centro de la peana se hallaba una vasija con un corazón de un animal que sobresalía como máximo trofeo, el enorme cráneo de una criatura mayor al caballo. Resaltaba una hilera de dientes atemorizadores. Los orificios oculares vacíos mirando en sombras a los nuevos arribistas de España.

—¿Acaso de dragón estos huesos son?! —exclamó uno de los subordinados de Cortés tocando los dientes.

—Áayin Nuuk Peten. Eso son, capitán.

Hernán Cortes sería juzgado por muchas cosas, pero nadie le reclamaría que no era un hombre inteligente. Un misterio detrás de esa enorme calavera resultaba tentador, pero su misión era otra. Dejaría que los enigmas de esa tierra se quedaran así. Su proyecto era más ambicioso. Se paró frente al enorme esqueleto, abriendo los brazos para vocalizar como un rey. Explicó a sus oficiales:

—Caballeros, venid y decidid. Al sur, esto encontraremos. Algo que no comprendéis. Animal tal vez. Pero al norte, vos esto habréis de encontrar... —sacó el collar de oro y obsidiana—. A vuestras mercedes pregunto, ¿hacia dónde avanzamos?

La respuesta fue obvia: a la ciudad azteca, hecha de joyas y oro. Sin decir una sola palabra más, Hernán Cortes y sus hombres salieron de la choza, dejando al náufrago de Aguilar y al temeroso indio con el enorme cráneo.

—Áayin Nuuk Peten... —repitió el rey indígena, bajando su rostro ante los restos del lagarto—. Comenzó a rezar a sus dioses, sabiendo que su tiempo como dueños de esa tierra había terminado. Rogó que

Áayin Nuuk Peten se hiciera cargo de estos nuevos hombres barbados. Gerónimo de Aguilar lo dejó, tratando de olvidar los días que sufrió en ese lugar espeluznante.

No hubo ningún comentario más sobre el tema. Ni siquiera valió la pena ser apuntado en los diarios de oficiales y religiosos que, como fieles escribanos, relataron la caída del imperio azteca por las fuerzas armadas en nombre del rey de la España. Durante todo el recorrido hacia Tenochtitlan, Gerónimo de Aguilar sirvió de traductor. Nunca habló de sus desventuras en ese lugar que para él era el infierno. Por las noches, despertaba llorando. Sus compañeros pensaban erróneamente que era por los años de esclavitud. Se equivocaban: era el recuerdo de los atroces dientes de un gigantesco lagarto cerrándose sobre la carne humana.



*En una tarde apacible
del mes de enero de 1685, año de grandes
descubrimientos científicos en Oxford, Inglaterra...*

La luz del atardecer gozaba de tonalidades de brillante color ámbar, como si hubieran derramado un tarro de miel sobre el salón. Entre los rayos dorados que descendían desde los ventanales hasta el diseño geométrico del piso, había puntos brillantes flotando en el aire. Esos destellos volaban apacibles, sin importar la revuelta que sucedía a su lado, en la majestuosa sala del teatro Sheldonian. Partículas de polvo con oídos sordos a los gritos de las mentes más destacadas del imperio británico: científicos, naturalistas y filósofos, las mejores mentes de la corona. Eran los sabios que estaban cambiando la manera de entender el mundo, con ideas más acordes a los avances de la ciencia. Por desgracia, no lo hacían de manera civilizada, sino como una revuelta de chiquillos en un colegio.

Timothy Alba se quedó mirando esos minúsculos puntos brillantes. Percibió cómo surcaban la luz cual peces en el mar. Sin comprender el fenómeno de esa maravilla, lo atesoró con su mente excepcional

que todo observaba con curiosidad. Pensó que podrían ser planetas flotando en el espacio; ideas científicas de moda, descubiertas por Sir Issac Newton. A sus trece años, Tim había sido educado para comprender que todas las cosas en el mundo podían ser explicadas a través de las ciencias. Su profesor era la máxima luminaria de la universidad de Edimburgo: su padre, el afamado doctor Eugene Alba. Al menos así lo pensaba él. Pensamiento no compartido por muchos; en especial, por los que hoy lo abucheaban.

El doctor Alba era maestro de ciencias en la Universidad de Edimburgo, miembro de la Real Sociedad y, desde luego, genio de tiempo completo, aunque sus colegas usaban otras expresiones como “lunático”, “desquiciado” o “hereje simiesco”. Para el joven Tim, crecer al lado de su exótico padre le había formado un estilo de vida. Era calculador, analítico y comprometido con las causas científicas. Comprendía que todo era parte de un plan donde los números, leyes y conocimientos hacían prevalecer el dominio de la ciencia sobre la Tierra. Su madre era quien sufría las locuras de su esposo, no de su hijo. Quienes los conocían, pensaban que el adulto era el muchacho, y el crío, su padre.

Mientras el chico se sumergía en sus pensamientos, la trifulca continuaba en la reunión de la Real Sociedad. Y esta no parecía ir por buen camino para su padre, que se había empeñado en defender su teoría: asegurando que habían existido enormes animales antes de los humanos en la Tierra. Para comprobarlo, había usado una pieza que era exhibida ahí, una roca simple, de forma caprichosa.

—¿Qué más le falta decir, doctor Alba? ¿Que el humano estará emparentado con los simios? —Vociferó su némesis desde el podio, el profesor Bartolomé Dark. Gritos y aplausos retumbaron en el salón. Algunas hojas de libros fueron arrancadas y aventadas al aire como símbolo de desprecio hacia las teorías que se habían mostrado.

El doctor Alba rumió su enojo. El profesor podía ser considerado como un intelecto de altos vuelos, aunque su estatura fuera menor a la del hombre promedio. Tenía grandes ojos, como platos, cubiertos por espejuelos. Sus orejas eran puntiagudas a la manera de duende. El pelo escaseaba al frente, pero la parte trasera caía al hombro, sin

ser recogido en coleta. Tim no era muy distinto de su padre. Simplemente iba sin los espejuelos. Una versión infantil de su excéntrico progenitor.

—¡No sea ridículo, profesor Dark! ¡Aquí estamos hablando de cosas verdaderas! —gruñó a un volumen suficiente para que lo escuchara su interlocutor, pero no tan alto como para que el resto de los que lo abucheaban lograran percibirlo.

El oyente tomó la piedra de la mesa que estaba en el centro del salón. Una roca de unos quince centímetros, de apariencia caprichosa. Aparentaba estar pulida en la parte de abajo, con dos protuberancias que simulaban pelotas unidas, y terminaban en un tronco rebanado. Podría haber sido la cabeza de un fémur, si no fuera de roca. Había sido encontrada en las cercanías de Cornwell. Desde su hallazgo, había desatado controversia.

—¿Está diciendo que esta pieza formó parte de un ser vivo? ¡Uno que medía lo de una casa y que habitaba el norte de Escocia! —Risas, y fueron muchas—. El doctor Alba rezongó, soltando una serie de maldiciones en latín.

—En Holanda se descubrieron piedras similares. Restos de seres enormes. Además, en mi poder están las memorias del náufrago español Gerónimo de Aguilar, quien asegura haber visto a esos gigantes en una selva de la Nueva España.

—Doctor Alba, déjeme recordarle que los españoles creen que la ciencia se limita a rezar. En nuestra madre patria, Inglaterra, somos gente de ciencia. No hechiceros.

Las risas retumbaron en el domo del salón.

—Pido la palabra —dijo un hombre detrás del podio—. Era de edad avanzada, robusto, con nariz roja y ojos brillantes. Coronado con una larga peluca de rizos blancos. Se trataba del presidente de la Real Sociedad de Oxford, el excelentísimo reverendo Robert Plot. Amigo cercano del rey, químico y geólogo. Grande como un barril y con ojos apacibles por el sabor del éxito al haber sido nombrado director del museo Ashmolean, primer recinto en Inglaterra para mostrar los descubrimientos de la Tierra.

—El honorable reverendo Robert Plot desea hablar —explicó Bartolomé Dark, quien se retiró con disgusto.

El reverendo Plot caminó con dificultad, ayudado por su bastón. Subió los tres escalones con tanto trabajo, que un par de gotas de sudor se desprendieron de su frente. En el pedestal tomó la roca. La examinó sin ofrecer gesto. No era un espécimen extraño para él. Fue su descubridor y había hecho un ensayo sobre esta.

—El doctor Alba es amigo mío. Le debo mucho de mi conocimiento sobre el cuerpo humano. No hay duda de su capacidad, aunque sé que hay un grupo de profesores de la universidad que no comparten su entusiasmo. —Abucheos.

Para ser hombres de ciencia, era extraño que sus pláticas fueran tan pasionales como una pelea callejera.

—He llamado a esta pieza *Scrotum humanum* y en mi muy afamado libro, *La historia natural de Oxfordshire*, expongo lo que creo que tenemos aquí: restos de un ser vivo.

Más gritos. Tim estaba empezando a aburrirse de ver cómo su padre era apaleado por un grupo de obesos con pelucas. Para el colmo, esos engréidos nunca habían pisado una selva.

—En los pueblos del oriente aseguran que existen dragones. No veo por qué no creerles. Quizás fueron muertos en el gran diluvio universal, y estamos presenciando un rastro de ese evento para que sigamos siendo temerosos de Dios —interrumpió Robert Plot.

El mismo doctor Alba se sorprendió de su apoyo. Hojas de libros llenaron el espacio, rompiendo el hermoso espectáculo de las partículas que flotaban en el rayo de luz, las cuales Tim había apreciado toda la tarde.

—¿Está aceptando que hubo gigantes en el pasado, reverendo Plot?! —Lo enfrentó el profesor Dark—. El apacible erudito sonrió. Tomó la pieza de piedra y la alzó para que el rayo de luz ámbar le iluminara de manera especial, cual gema.

—Sí, lo estoy afirmando: los humanos no somos los primeros habitantes de la Tierra.

No hubo gritos. No hubo golpes ni hojas volando. Una cosa era que un loco como el doctor Alba dijera que había visto un enorme esqueleto de un lagarto en las colonias de América y otra muy diferente que el hombre más respetado del reino asegurara que era verdad. El doctor Alba se levantó. Volteó a ver los rostros boquiabiertos de sus colegas. Sabía que su viejo amigo estaba suicidándose ante ellos para defenderlo. Ahora estaba más que obligado a arrojarlo para salvarlo.

—Para comprobar que el honorable profesor Robert Plot posee la razón... ¡Yo mismo iré a América para traer un esqueleto de esos seres gigantes! Será la prueba para exponer en el museo Ashmolean y sostener lo dicho por mi apreciado amigo —escupió el doctor Alba—. Sin esperar a que hubiera reacciones en el teatro Sheldonian de Oxford, el doctor Alba se levantó dramáticamente de la silla. Tomó sus papeles con porte marcial, caminó hacia la salida del recinto frente a las bocas abiertas de los presentes. Abrió la puerta. Los miró de manera retadora, y salió dando un gran portazo.

Durante un minuto nadie se movió.

Luego, la puerta se abrió de nuevo. Emergió la cabeza del médico. Apenado, con sonrisa tonta, ordenó:

—Timothy Alba, nos vamos.

Su joven hijo salió de su asombro. Se despabiló y corrió hacia la salida para desaparecer al mismo tiempo que su padre. Estaban a punto de comenzar una nueva cruzada. Tan delirante, como todas las anteriores.